

mente desprecio, la existencia de sentimientos colectivos que, examinándose un poco, hubiera encontrado en el fondo de sí misma, porque le correspondían rigurosamente como la sombra al cuerpo que la proyecta. (1).

Para asegurar su advenimiento al trono de Francia,

(1) Los "anti-científicos" que militaron en el movimiento maderista más por motivos de orden personal, transitorio, que por trascendental caridad hacia los indios oprimidos, censuran con aspereza la transacción de Ciudad Juárez. No piensan que sin esa transacción que permitió al Apóstol iniciar sus reformas al llevarlo más tarde al poder, el General Díaz estaría aún hoy día, quizá, en el lugar que ocupa Huerta. El General Díaz cayó porque Limantour, convencido de que la opinión yanqui y la opinión criolla mexicana, estaban contra los científicos—más contra los científicos que contra el mismo General Díaz—se propuso salvar los intereses de aquéllos sacrificando a éste. El pueblo, la gran masa rural, la combatiente, no acudió en número al llamamiento de Madero porque ni le importaban los científicos, ni se había penetrado de la idea redentora escondida en la fórmula política del antirreeleccionismo. El General Díaz no fué vencido por la fuerza armada de los indios, sino por la fuerza de la opinión criolla que, una vez más, el Dictador habría ahogado fácilmente si hubiera tenido consejeros menos ricos. Madero jamás contó con cien mil campesinos armados, ni tampoco ganó batallas, pues la de Ciudad Juárez más fué una sorpresa que una batalla. Los cien mil hombres que comandados por generales de popular prestigio, marchan hoy contra Huerta, tienen que conquistar el terreno palmo a palmo, con enorme sacrificio de sangre. Sin dinero, sin crédito, sin ejército, con reclutas de leva que se le escapan por el menor repliegue, en pleno desprestigio ante la conciencia universal, perdidos los cuatro puertos septentrionales del Golfo, sin asomo de derecho y con la declarada voluntad de Wilson en su contra, Huerta se mantiene en el poder y pone, para dejarlo, condiciones que espantan aún a sus propios partidarios. Sin la transacción de Ciudad Juárez, la Revolución habría sido deshecha o, tras de grandes y prolongados sacrificios, habría llegado al poder sobre osamentas. La transacción de Ciudad Juárez fué hecha por dos civilizados: Madero y Limantour. Para que toda conciliación se hiciera imposible, necesitábase un salvaje endemoniado que viniera a echar pólvora al fuego....

La traición de Huerta, al restablecer las posiciones en el tablero, puso dinamita bajo el problema y trajo a la Revolución, por simple lógica, el elemento que le hacía falta: el odio. No a otra causa se debe su incremento. "El triunfo final es del que más odia" dice "Cráter." El "determinismo" filosófico niega la influencia personal sobre la determinación y la atribuye toda entera a la fuerza de los motivos (Larousse, 284). La intransigencia y el radicalismo de la actual Revolución no radican en el espíritu de ninguno de sus directores, sino en el espíritu de la Revolución misma. Pretender juzgar a los hombres sin percatarse de las circunstancias, del momento histórico y el ambiente en que se mueven, es hacer obra necia y probar espesa ignorancia.

Bonaparte hizo fusilar al Duque de Enghien, después de sumarísimo consejo de guerra. El último vástago del gran Condé, conspiraba contra el poder del Primer Cónsul; pero la violencia del procedimiento, la juventud, el heroísmo, la estirpe de la ilustre víctima conmovieron a la nación, haciendo exclamar a Talleyrand: "Esto es peor que un crimen: es una falta".

¿Qué objeto tuvo Huerta al asesinar a Madero? Asegurar su continuación en el poder usurpado, aboliendo el legítimo y aterrorizando al pueblo que lo había elegido. Pero si la ejecución de Enghien pudo considerarse como necesario escarmiento para hacer respetar la voluntad del pueblo expresada en el plebiscito y para conservar el orden público, si fué un acto político o un crimen inútil e impolítico, el asesinato de Madero fué una simple imbecilidad, puesto que tenía que producir y produjo un efecto diametralmente opuesto al que sus autores se propusieron. No nos pongamos, para juzgarlo, en la mente del traidor carnicero que embrutecido por el alcohol, casi irresponsable, no conocía otra solución ni otra política que *matar*; pero pongámonos en la mente de los ministros civiles cuyo consejo sancionó aquel acto estúpido. (1) Si en aquella siniestra asamblea pudo discutirse la voluntad de su digno presidente, dos

(1) En el curso de estos apuntes, escritos bajo la impresión dolorosa de terribles acontecimientos, se ataca a las personalidades que en ellos tuvieron principal participio. A la inmoral y capciosa alabanza, justo es que suceda el juicio severamente reprobatorio. La moral pública no puede seguir enfangada en la impostura y los falsos prestigios; pero no debe olvidarse que los hombres, lejos de conducir a la historia, son conducidos por ella. Los hombres, simples instrumentos, no son más que la expresión, el producto de un estado social determinado. No es a ellos a quienes debe odiarse, sino a las malas instituciones que hacen a los hombres malos. Tras de los enemigos del pueblo, caídos no bajo el golpe de estúpidos atentados, sino bajo la fuerza revolucionaria de la historia, vienen los salvadores dispuestos a arrostrarlo todo para reconquistar sus fundamentales derechos. Si el maderismo que sobrevive a su creador, tiene cóleras implacables contra la sociedad presente, no es menos cierto que su gran piedad llega hasta los privilegiados que experimentan ya, a su manera, la angustia de la situación que les creó su propia infidencia y cargarán bien pronto, sobre sus débiles espaldas, el pesado fardo de sus privilegios.

factores importantísimos debieron haberse tenido en cuenta: la opinión interior y la opinión exterior. Para mayor claridad, dividamos ésto en dos capítulos:

Opinión interior.—Admirablemente trabajada por una campaña periodística que llegó a modelarla a su antojo, la opinión criolla, o si se quiere, el quince por ciento de la población que sabe leer y escribir, no hubiera elevado la más leve protesta contra cualquier acto que reiniciase el suspirado sistema porfiriano; pues por mucho que no se desease el regreso del viejo dictador, todos los criollos, asesorados por casi todos los extranjeros, preconizaban el empleo del "puño de hierro" como el único susceptible de devolver al país "la tranquilidad perdida." El pueril "emballement" del blanco por Madero, el día de su entrada triunfal en la capital de la República, fué tan artificial como su pasión por don Porfirio, tan falso como su corto felixismo. El metropolitano trata a sus grandes hombres como a sus bailarinas o a sus toreros. No tiene opiniones, sino fantasías. No tiene apóstoles, sino favoritos. En cuanto vió que aquel gran triunfador, aquel gran chaparrito que se había enfrentado a don Porfirio, se dejaba babear por los periódicos, tomó por debilidad lo que era firmeza de principios, le perdió el respeto, le volvió la espada. Aquel pueblo vano y frívolo aclamó a Santa-Anna, mientras lo vió capataz fuerte y fiero. Adoró a Maximiliano porque el gallardo archiduque tenía una hermosa barba rubia; pero el día que inspirado por su amor al pueblo, el Emperador atravesó las calles de Plateros vestido con el traje nacional, aquella idolatría tornóse en desprecio. Cuestión de raza. Cuando Margarita de Saboya, paseando por los arrabales de Madrid, tendió su noble seno a un niño pobre, la vieja aristocracia española hizo una mueca de asco y desde aquel momento, la dinastía de los Aosta pasó a la historia. El negro, viejo esclavo, ama lo que brilla, como aquel sudanés aventajado, ministro huertero de la traición "evolucionista," ama sus fantasiosos chalecos verdes. predilección que no cubre

mejor su respetable ombligo, pero sí descubre su negro origen. El esclavo ama lo que oprime, lo que domina, lo que tiraniza, lo que deslumbra, lo que enmudece, lo que ciega, porque su rebajamiento le permite medirse; como el Marqués de Sada, para estimarse, se degradaba en veinticinco posiciones. (1)

No fué empresa difícil arrancar al sencillo, al sonriente, al leibniziano Madero de aquellos corazones enamorados de Gaona y la Conesa. El "polko" de Santa-Anna, el "decente" de Lerdo, el "roto" de don Porfirio renegó del "predicador" de la "gloriosa" como había renegado, sucesivamente, de sus seis toreros, de sus doce novias y de sus veinte bailarinas.

Pero no sucedía otro tanto con el pueblo. El pueblo, como no sabía leer, seguía con pasmosa ignorancia, con enervante testarudez, adorando al hombre que le había

(1) Jamás un hombre sencillo, natural, convencerá al vulgo. Un hombre sentado frente a una gran mesa, un gran tintero de cristal y con una pluma de oro en la diestra os recibe, vulgo, en una pieza lujosamente amueblada. Con ademán altanero os invita a sentaros y os escucha casi sin pronunciar palabra. ¿Aquel hombre no habla porque es discreto? o ¿porque es sereno? o ¿porque "piensa" mucho? Quizá, pero lo mismo puede hacer el más perfecto idiota.

Mientras Madero se batía en el Norte, los criollos del Sur llevaban su retrato en la cartera y hablaban de grandes proezas militares, que no existieron, con voz misteriosa, reverente; su caridad, su valor, su noble gesto a lo Nicolás Bravo salvando la vida a Navarro, perdonando a Orozco, corrían de boca en boca. Pero llegó a la Capital. El chaparrito era realmente de pequeña estatura. En vez de un habla ronca y pausada, un andar fiero y majestuoso, un ademán lento y estudiado, aquel nuevo presidente tenía una voz como la de cualquiera que no bebe, no fuma y se ha acostumbrado a tratar a los humildes con benevolencia. Hablaba como todo el mundo, andaba como todo el mundo, se movía como todo el mundo. Aquel hombre, aquel vencedor, no traía una espada flameante, no lanzaba decretos destructores, no perseguía a sus enemigos sino que se sentaba a su mesa y los invitaba a ayudarlo. No marchaba sobre un rastro de sangre, sino que sembraba de flores su camino....

"Hay en el corazón humano—dice Ruskin—un inextinguible instinto, el amor del poder, que justamente dirigido, mantiene toda la majestad de la ley y de la vida y mal dirigido las destruye." La verdadera majestad radica en la conciencia. Una conciencia pura infunde respeto aun a los más depravados y perversos. Pero hay hombres cuyo ideal se encuentra a tal punto abatido que se sienten más inclinados a admirar el corazón de un asesino que la conciencia de un santo, con tal que el primero se les presente bajo un ropaje espectral y misterioso.

revelado sus derechos, que le había dado a probar, como a un niño un caramelo, el dulce sabor de la libertad. Después de cien años de con-nacionalidad, de vida común aunque adversa, el criollo había besado al indio. Los que conoceis las grutas de Cacahuamilpa, habreis observado la obra de los siglos en aquella labor paciente, ininterrumpida, la labor inmensa, infinita de la gota de agua. De lo alto del colosal palacio, la gota perenne destila continuamente de la bóveda, formando una concreción calcárea que se llama estalactita y que se desarrolla en caprichosas figuras, ensanchándose, robusteciéndose, prolongándose, agigantándose. Con precisión de péndulo, la estalactita deja caer, negligentemente, una gota sobre el suelo. Esta gota se convierte en piedra y se llama estalagmita. A medida que la invasora estalactita se fortalece en las alturas, el pequeño cristal, adherido a la roca del suelo, asoma su punta en precisa dirección a la madre de arriba. Y la gota sigue cayendo, transformándose en piedra, en hermoso cristal de mil fantásticos dibujos. El cristal de arriba mira al cristal de abajo; el cristal de abajo contempla al cristal de arriba. Alternativamente, una gota y un suspiro, otra gota y otro suspiro. "Face spera". El trabajo y la esperanza. Juntos viven los dos cristales, juntos crecen, al través de los siglos, bajo el mismo techo. La fecha de su nacimiento se ha borrado, se ha perdido en la noche de los tiempos. Si volveis a verlos dentro de cien años, observareis que no han crecido, entre las dos, veinte pulgadas. Pero la obra prosigue, incontenible como el tiempo, y al cabo de cuarenta siglos, de cien siglos, aquellas columnas, creciendo la una hácia arriba, tendiéndose la otra hácia abajo, llegan a unirse en solemne beso y la gota que se tornó en piedra, la piedra que se transformó en columna, se convertirá, desde este momento, en bloque...

En las cavernas europeas, como en las de Bellamar, en Cuba, se vigila a los turistas sospechosos y se prohíbe a todos la entrada con bastón. Los actos vandálicos son castigados severamente. No así en Cacahuamilpa, donde



se puede entrar con bastón y con espada, como otros también entran con paraguas. Un solo golpe puede destruir el hilo de cristal aún frágil, aquella unión consagrada por la secular labor de la gota de agua. Pero no importa: ¿Qué es la vida de aquel turista imbécil junto a la eterna obra de los siglos? Un instante después, la gota continuará fatalmente su obra de unión imperecedera, eterna....

La siguiente gota de agua se llamó Carranza. Y vinieron otras que se llamaron Obregón, Villa, Angeles, Gonzalez.... Los torpes guías de aquel vandálico turista debieron haber tenido en cuenta la moral de esta cavernosa historia. La puerta de la caverna está franca, pero cuidado con quedarse dentro, el bloque crece y puede aplastarlos!

Pero dejemos el hilo de la gota de agua y volvamos al hilo de nuestro argumento. El General Díaz pudo mantenerse en el poder porque su tiranía se ejerció sutilmente, aisladamente, no se inauguró por un acto brutal y odioso, no abofeteó *en masa* a la Nación Mexicana, porque el General Díaz no era un imbécil. Los asesinatos de febrero provocaron miedo en unos, vergüenza en otros, odio en todos. La pequeña minoría del quince por ciento, tan famosa en nuestras estadísticas de instrucción rudimentaria, aplaudió al matador Huerta como aplaudió al matador Gaona; pero un gran estremecimiento corrió por todo el cuerpo de la nación. El pueblo entero comprendió de instinto, que aquello no era un simple recurso de guerra, sino una bofetada que se le aplicaba en pleno rostro. Por primera vez, se vió este extraño caso: mexicanos y extranjeros que huían del país horrorizados, sin haberse nunca, para nada, mezclado en política. Los unos por horror, por repugnancia; los otros porque veían venir terribles cosas. Y el tiempo les ha dado la razón. Simples espectadores, los voluntarios proscritos vieron más claro que aquellos ocho estadistas que contrafirmaron las sentencias de muerte. En México, combates terribles, conspiraciones, ejecuciones,

persecuciones. En el extranjero, maderistas, reyistas, felixistas, científicos, simples particulares sin partido alguno, comiendo el pan amargo del destierro, lamentándose de que el santo país que les dió la vida fuera el escenario de tanta infamia... Y en el extranjero, un maderista no dá la mano a un huertista, porque sabe que aquella cuestión entre científicos y renovadores, que nunca les impidió fraternizar, es hoy una cuestión moral que los separa profundamente, una cuestión de "sentido moral" y no una cuestión de doctrina o de política. El General Huerta, que no era general sino por la voluntad de la nación, el General Huerta había sido revestido por su jefe supremo de la autoridad necesaria para defender la voluntad del pueblo. En pleno campo de batalla, el General Huerta pactó con el enemigo en la embajada de una potencia extranjera. Con armas y bagages, el General Huerta se pasó al enemigo. El General Huerta asesinó al Presidente y al Vice-Presidente de la República. El General Huerta se puso en su lugar. Basta. Yo afirmo que el que apruebe esto, aunque sea un padre irreprochable, un marido modelo, un abogado que no acepta pleitos sucios, un médico que no prolonga voluntariamente las enfermedades, ni se vende a las enfermedades prescribiendo la abstinencia del vino; un comerciante que mide bien y paga el vencimiento; un católico que se confiesa; quien quiera que apruebe tales actos, que no tienen precedente en ningún país, que no están previstos en ningún código, aunque no beba, no fume, no robe, no estupre, es un pobre y miserable sér sin corazón, sin solvencia ni sentido moral. Entre el bandido practicante y el bandido pensante, no media más que una diferencia: el valor. El valor que pone de acuerdo la idea y el hecho. El que aprobó la obra de Huerta, si participó en ella es un bandido, y si nó un cobarde (1).

(1) Cuenta "La Discusión" de la Habana (17 mayo 1914) que Monseñor X, obispo de Z, hospedado en el Hotel América, en Nueva York, hizo algunas declaraciones a los repórters, de las cuales extracto las siguientes:

—Huerta quiere la guerra. Concluirá por provocarla sean los que sean

Bonaparte mató a Enghien porque éste conspiraba contra la expresa voluntad del pueblo: Enghien representaba la reacción contra el plebiscito. Pero de cualquiera manera y sin que ningún hombre honrado pueda aprobar el homicidio que no es legítima defensa, Bonaparte invocó la razón de estado; pero no traicionó a su superior, no asesinó a su jefe, pues antes habría roto su espada en mil pedazos o arrancándose del pecho su corazón de soldado. El precedente que los huertistas invocan no es sino una aberración más de sus conciencias enfermas. ¡Robert Macaire invocando a Napoleón! La historia tiembla... y allá en París, en un suntuoso hotel de los Campos Eliseos, un anciano general telegrafía

los medios a que tenga que acudir para lograrlo. —Todos los planes de los mediadores fracasarán, pues aunque Wilson quiere su éxito, Huerta tiene positivo interés en que fracasen. —En mi opinión, el presidente Wilson, al negarse a reconocer a Huerta, ha respondido a la aversión que le produce la inmensa responsabilidad de Huerta en el asesinato de Madero. Huerta jamás se ha defendido de la acusación de asesino que pesa sobre su cabeza y hasta los jefes que lo secundan lo tienen por culpable. Huerta incuestionablemente procedió peor que Judas: fué traidor y asesino. —Félix se ha hecho impopular en todos los partidos. Nadie lo quiere.

Y este manso pastor de almas, este ministro de Jesucristo, después de clasificar a Huerta "peor que Judas," concluye que "como tiene un gran valor personal, audacia suma" y otras cualidades de bandido: aunque *no es culto, casi siempre está beodo* y ha revelado algunas de las más *despreciables "triquiniuelas,"* estas mismas lo acreditan de una superior mentalidad: aunque gobierna "algo" arbitrariamente pero con "excelentes" resultados, Huerta es el único capaz de gobernar la República Mexicana.

Este ilustre, ilustrísimo huertista, no nos ilustra, no descubre nada a nadie cuando confiesa que su ídolo está lanzando a su país a la peor de las aventuras; pero olvida que cuando los cañones de la Ciudadela se disparaban contra los pacíficos habitantes de la Capital, se exigía la renuncia de Madero díque para evitar esa misma intervención que hoy provoca Huerta después de haber sacrificado algunos millares de mexicanos. En aquel entonces, díque se exigía la dimisión del elegido del pueblo; ahora se exige sólo el desagravio de la bandera americana, pero entonces esos señores opinaban que el gobierno legítimo debía ceder, "por patriotismo" a las imposiciones, no, en realidad, de una potencia extranjera, sino de la Traición. Del "patriotismo" de los traidores no había que hablar... et pour cause. Esto es lo único que su Señoría Ilustrísima viene a revelarnos ahora. Parodiemos a Madame Roland: Religión, patriotismo, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

a aquel sucesor que deshonra su sistema: "Deseo que el ejército mantenga su tradición de honor....!"

Madero había perdido su prestigio en el espíritu de las clases directoras. Si en lugar de estar formado por ocho vasallos u ocho cretinos, que tenían la traición metida en la sangre, el siniestro "Ministerio" hubiera estado constituido por hombres sensatos, conscientes de sus responsabilidades y celosos del restablecimiento de la paz que el país entero pedía a gritos; si el odio no hubiera ofuscado su razón hasta hacerlos perder el más poderoso instinto del hombre, el instinto de la conservación, habrían procedido de la siguiente manera:

- I. Decretar la incapacidad de Madero;
- II. Proclamar el Plan de San Luis;
- III. Libertar a todos los presos políticos;
- IV. Convocar inmediatamente a elecciones;
- V. Lanzar un manifiesto a la Nación proclamando la regeneración de la raza indígena.

Que Madero y sus amigos "personalistas" habrían hecho otra revolución, podía preverse; pero en último caso, el nuevo gobierno se habría conquistado una gran parte de los renovadores, legitimando la adhesión de Orozco, Aldape, de la Fuente, Caraveo y consortes e incluyendo a Vázquez Gómez, a Zapata y quizá a Carranza mismo; dando en una palabra, un golpe de muerte a los maderistas personalistas. En el exclusivo punto de vista de la moral pura, esto no habría sido más sincero ni menos infame; pero sí, seguramente, en lo relativo a la conservación de la paz y del poder, mucho más hábil. Si Huerta imitaba, caricaturizaba a Bonaparte en el mayor de sus errores, ¿por qué no seguir su ejemplo en sus aciertos? Bonaparte no combatió a la Revolución, sino que se puso a su cabeza. Bonaparte sabía que no se somete de golpe a un pueblo que acaba de conquistar sus libertades. Triste figura la de Madero y sus adictos en la frontera reclamando su puesto, con el plan roto en Ciudad Juárez y recogido por Huerta en el Palacio Na-

cional! Los ideales, los principios, los intereses generales están por encima de las más altas personalidades. El pueblo entero habría seguido al indio Huerta, al soldado Huerta, convertido en redentor del Indio.

Separar, divorciar a Madero de la Revolución, declarándole débil; aliar al ejército con la causa del pueblo, ¡qué golpe más hábil! Un soldado indio que dice a la nación india: "Soy de los tuyos. Los blancos te birlaron tu independencia en 1821, pues yo les birlé tu emancipación en 1913. En todas las legiones que he comandado, durante mi larga carrera militar, sólo he visto caras indias; como en toda la sangre derramada sólo he visto sangre india. Los que quedan de mis juanes, son todos indios." Y rodeándose de ministros indios, de generales indios, de gobernadores indios, aquel indio habría sido invencible!

Digo "invencible." ¿Quién hubiera podido oponérsele en semejantes condiciones? Félix habría conspirado de todos modos, pero contra generales nuevos e indios (un indio vale por diez criollos), asegurados todos sus parciales por estrecha vigilancia, ¿qué habría logrado el tembloroso héroe de la Ciudadela? Félix es el tipo del caudillo degenerado, un simple coprador de autocracia, con toda la mentalidad de la estirpe, pero sin el carácter, que es la fuerza de acción. La mentalidad, sí: la mentalidad del caudillo mal intencionado, egoísta, comprometido con sus amigos hasta el pescuezo; el ambicioso que ha hecho del ideal y de la lucha un maravilloso trampolín para saltar sobre lo que su incapacidad no puede asumir; el pretendiente que nacido cerca del trono, criado en vagas esperanzas de dominación, copia la autocracia y adora su intransigencia, porque se ha acostumbrado a la idea de que aun inferior a cualquiera de los que encuentra todos los días, no puede, por derecho divino, resignarse a ser el igual de ninguno y perar mando, honores, todo, en bien de un pueblo, de una patria que deja de serlo desde el momento en que se ha

perdido la esperanza de someterla. Esta clase de hombres mira a su patria como a una concubina. (1.)

No podía temerse lo mismo de Madero. Madero no era un cacique ni un condotiero, sino un apóstol. Ungido por el pueblo, habría convocado a ese pueblo para pedirle la confirmación de su voluntad y satisfacer a su conciencia, a su conciencia cívica. Mas el pueblo, deslumbrado por el revolucionarismo intempestivo, pero probado, de su nuevo gobierno, lo habría dejado solo, y Madero, en pleno acuerdo con su conciencia, se habría retirado tranquilamente, satisfecho, en el fondo, del triunfo de sus ideas, seguro de su gloria y del juicio de la posteridad; pues no había agrupado a los hombres alrededor de su personalidad toda hecha de amor y sacrificio, sino alrededor de su idea. Medir a Madero como se mide a Félix, a Orozco, a Castro o a Zelaya, sería ignorar su psicología y por consecuencia caer en el más grosero de los errores.

En cuanto al Plan de San Luis, ¿qué tenía de irrealizable en un momento en que todo el mundo, acobardado por los cañonazos de la Década, transigía con todo por tener la paz? He aquí la única parte agraria del Plan de San Luis: "Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a

(1) La megalomanía de estos engreídos, su ignorancia de la ley o su desprecio por los más elementales derechos humanos, los conduce a aterradoras incongruencias. Este individuo, que había proclamado "Paz y Justicia," no ejercía ningún cargo, ninguna autoridad legal o "de facto." He aquí su primer acto político: "Jefe Político.—Veracruz.—Sérvase ordenar aprehensión Serapio Rendón, Garmendía, Ernesto Madero y demás miembros familia Madero, poniéndolos rigurosamente incomunicados a mi disposición. Encaréccole inmediato cumplimiento de esta orden, dándome cuenta haberla recibido."
—Félix Díaz."

Como debut, no está mal. Ordenar la aprehensión de toda una familia! Esto recuerda a los capuletos. Pero, seguramente, tal documento es el primero en la sangrienta historia de México.

"sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetos a revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo".

Anulado el Plan de San Luis por la transacción de Ciudad Juárez, no se podía exigir de Madero, aristócrata por su nacimiento, civilizado y tan patriota criollo como patriota indio, no se le podía exigir, sobre todo después de su elección aclamatoria, otra cosa que una acción resuelta en esta fórmula: "Olvido del pasado, justicia para todos en el porvenir".

Bien diferente era el caso del usurpador en aquellos momentos. El Traidor no tenía compromisos. Si este hombre hubiera sido audáz, si hubiera tenido otro ideal que el mal y el crimen, las palabras de Hidalgo y de Morelos citadas en otro lugar de este libro, lo habrían iluminado haciéndole comprender como aquellos excelsos libertadores, que la verdadera causa de las convulsiones mexicanas no es otra que el desequilibrio de las clases agravado por el sistema que él mismo vino a adoptar, porque ni su experiencia ni su episódica inteligencia le permitieron otra cosa.

Opinión exterior.—México, como todas las naciones latino-americanas, es perfectamente desconocido en Europa. Con excepción de aquellos que tienen negocios con esta parte del continente —principalmente agentes-viajeros— bien pocos son los que se interesan por nosotros. Nuestros grandes criollos, con su insignificancia y su rastacuerismo, si divierten el "humour" de los ingleses, y el fino sentido cómico de los parisienses inspirando a algunos novelistas y autores de operetas bufas-

pero nada ha podido romper el hielo de la indiferencia europea. Europa no conoce sino a la América pintoresca de generales sin ejército, de montoneras absurdas, de fusilamientos bárbaros, de caudillos arrogantes y rapaces, de funcionarios ladrones que economizan — como ellos mismos lo aseguran con desplante inaudito — algunos millones de pesos durante los años precarios del poderío provisional para luego gastarlos en París o en las playas con hetaíras de alto tacón y agudo diente. Es que la humanidad es ante todo sentimental. Necesita tradiciones, leyendas, poesías.... Que todos los monumentos, las rocas y hasta el polvo de las carreteras le hablen de hechos grandiosos. Nuestra historia, se me dirá, está llena de hechos notables. Aunque así fuera, no ha habido quien los cante; nuestros poetas sólo cantan a sus novias, a los magnates o acaso, a la naturaleza cuando no tienen novia o han comido bien. Nuestros poetas, según la linda frase de Luis Tulio, son "pobres gaviotas que no se atreven a cruzar el mar." (1) Nues-

(1) No, no tenemos poetas. Ni siquiera tenemos histriones puesto que no nos divierten. Los que hacen versos en México, son unos pobres ociosos que encerrados en su impotencia, en su incapacidad de emoción verdadera, sólo pulsan la lira para cantar sentimientos personalísimos — como aquel célebre hombre que hizo una lira de sus propios cuernos — o nos aburren con cosucas que sólo a ellos les importan. Recuerdo que cierta ocasión, a raíz del advenimiento del Apóstol a la presidencia, uno de los más inteligentes de nuestros artistas, pensionado en el extranjero, se quejaba de que Madero careciese — a su entender, naturalmente — de gusto artístico. Y alguien le replicó con esta inesperada "bontade": "Madero es el primer artista de la República. Ha concebido el más bello de los cuadros y el más hermoso de los poemas."

Ignoro si el dulce y caritativo agricultor de San Pedro de las Colonias se ocupó alguna vez de hacer versos al estilo de todos los criollos ibero-americanos, pero sí me consta que no ha habido quien cante sus glorias. Los graves y trascendentales acontecimientos de los últimos cuatro años no parecen haber provocado la menor vibración en las almas de nuestros poetas o los hombres así llamados porque se ocupan de escribir sandeces en columnitas. Un hombre que no siente lo que tiene en derredor, lo que conmueve hasta al último barrenadero: un hombre cuyo corazón no participa del sentimiento general de su país, que canta lo trivial cuando vive en plena epopeya, que carece de sinceridad o de independencia, podrá ser todo lo que se quiera, pero un poeta, no.

Creo firmemente que la demasiada literatura es en extremo perjudicial al vigor de los pueblos. Tales excesos perdieron a Grecia y hoy enervan a

tras maravillas naturales no han sido escenario de grandezas, no están "suficientemente impregnadas de humanidad." No se va a Suiza sólo por ver la Jungfrau. La sombra de Carlos V en Fuenterrabia, la evocación de Duguesclin en Bayona, el culto a Napoleón en los Inválidos interesan y conmueven más que el esplendor de las catedrales, la elegancia frívola de las playas o el arte refinado de los teatros. Además, nos han faltado hombres de prestigio, de trascendencia. Con excepción, quizá, de Drago, ninguna de nuestras celebridades latino-americanas es conocida en Europa. El General Díaz toma su chocolate en el Pré Catelan en medio de la más absoluta indiferencia mientras don Guillermo Landa, no obstante su pose de lord auténtico, se encoragina porque los cocheros no le hacen caso. Noguchi, el descubridor del microbio de la rabia y el aislador de la sífilis, han dado más a conocer el Japón que Nogui y Togo, vencedores de europeos. Nadie nos conoce en Europa. A Juárez, lo caricaturizaon de charro argentino, de gaucho. A Madero no lo han caricaturizado todavía (el señor Paul Viollet, del Instituto, Presidente de la "Sociedad para la Defensa y Protección de las razas indias" catedrático de Sociología en la Escuela de Derecho de París, se admiraba de que la figura de Madero "tan original por su obra y por sus virtudes y no obstante ser una de las más originales figuras de la historia contemporánea" (sic) fuera tan desconocida en Europa.) (1)

Francia: pero si en México abundan los hombres que casi no se ocupan de otra cosa, es lamentable que sus facultades de emoción aparezcan tan precarias, tan negativas. México no necesita de excitantes o deprimentes neuróticos para conquistar su futura grandeza porque cuenta con una raza cuya energía guerrera de hoy se convertirá en la acción pacífica y vigorosa de mañana; pero los vanos e insoportables comediantes que llenan las páginas de los periódicos especialistas, han demostrado que no tienen una sola fibra del viejo riñón que hace de esos hombres excepcionales, los cantores de la humanidad, porque han experimentado con mayor intensidad sus sentimientos y sus pasiones.

En los esclavos no hay poetas. Una cuerda oprimida, jamás vibra. En cambio ¡hay algo más libre que una cuerda en vibración!

(1) Dos cosas perfectamente aztecas son en Europa muy populares.... pero se ignora su origen: el chocolate (chocol: cacao: atl: agua) y el vals "Sobre las Olas" cuyo autor, en Francia, es Monsieur Dupont y en Alemania un Strauss cualquiera.

Si el pensamiento europeo no hubiere estado tan dirigidó, tan fijo en el desarrollo de la cuestión balcánica, la trascendental revolución agrarista que agita a México desde hace cuatro años, habría despertado el interés de los pensadores, particularmente socialistas, como más tarde ha venido a preocupar a los financieros y a los bolshistas. La prensa entera, —aque la por lo menos que el dinero de Huerta no hubiera podido sobornar —pero sobretodo la prensa socialista o demócrata, habría condenado vigorosamente el asesinato de Madero y los procedimientos medioevales de aquel soldadón que traicionaba y asesinaba con idflica frescura. No obstante el limitadísimo criterio filosófico de sus nacionales emigrados a México, —ataroteros, cajoneros, ferreteros —los pensadores europeos se habrían dado cuenta de que los mexicanos no se estaban destrozando por puro gusto y que algo debería haber en aquel lejano país de tan grandes heroísmos y tan inauditas traiciones. Hubieran comprendido que un pueblo sin clase media, un país cuyos inmensos territorios se encuentran en manos de setecientas familias privilegiadas entre sus quince millones de habitantes, tiene que hacer revoluciones para encontrar su equilibrio, pues sus opresores no le dejan otro medio. Los pensadores europeos habrían comprendido que las revoluciones de México no son simples subversiones de grupos y de caudillos, sin orientación ni ideales, sino el heroico esfuerzo de una raza para conquistar su mejoramiento.

Los gobiernos europeos se apresuraron a reconocer el gobierno de Huerta sin percatarse de las causas ni de las consecuencias, porque se figuraron que en "países salvajes", así como suena, "en países salvajes debería gobernar el más salvaje". No obstante, en Francia, interrogado por el representante Delahaye, el Ministro de Finanzas declaró que el Gobierno Francés no aconsejaba el cubrimiento de la segunda "tranche" del empréstito mexicano, mientras este país no contase con un gobierno "legal y de orden" (sic), excusándose de no haber

desautorizado la primera "por no poner en gran desprecio los valores mexicanos en manos de ciudadanos franceses". (1).

Esta declaración y el enfriamiento de las relaciones de las potencias con el usurpador, sobrevenido casi inmediatamente después de haberlo reconocido, nos hace sospechar que el reconocimiento se obtuvo por sorpresa, por el apremio del embajador americano, bajo cuyo patrocinio se hizo el pacto de la Ciudadela. El Embajador Lane Wilson aseguró a los Ministros europeos que su gobierno se apresuraría a reconocer a Huerta. Los ingleses, que en política nada ignoran, sabían que el Embajador obraba por cuenta propia; pero se aprovecharon de esta actitud en la confianza de que, dando su reconocimiento, forzarían la mano al Gobierno Americano. Pero Taft safó el cuerpo. La revolución liberal de Cuba, que con su franco apoyo derrocó al honrado Estrada Palma para poner en su lugar al costoso Gómez, fué el error más grave de su administración: su prestigio se había resentido con esta inútil y descabellada empresa. La desgraciada experiencia de Cuba evitó de igual suerte que reconociese la beligerancia de los revolucionarios maderistas de 1910 no obstante la declarada simpatía del pueblo americano.

Si el reconocimiento de las naciones interesaba a Huerta, sobre todo para hacerse de fondos, había una que le importaba más que todas, simplemente porque, teniendo esa, las tendría todas. Aunque se ofendan los patrioterros, hay que confesar esta triste verdad: "Los Estados Unidos derrocarán, si se lo proponen, a cualquier gobierno de México." El que no quiera ver la verdad tal como es, bonita o fea, que cierre los ojos. En cuanto Limantour se convenció en Nueva York de que la opinión americana estaba en contra del general Díaz, no pensó más en Taft y aconsejó la retirada, no sin po-

(1) Bajo la dirección de Miguel Díaz Lombardo y el Dr. Atl, el semanario "La Révolution au Mexique" hizo en París eficazísima propaganda contra el empréstito huertista.

ner a buen recaudo, con la transacción de Ciudad Juárez, los intereses de su clase. Es que en los Estados Unidos la opinión es el todo. Nadie, cuando se declara, ni los *trusts* mismos, que operan con el ochenta por ciento del capital americano, puede luchar contra ella. Si los bisoños consejeros provisionales de Huerta no hubieran sido verdaderos inconscientes, habrían comprendido que toda resistencia, después de la rotunda declaración de Woodrow Wilson, era criminal e insensata porque desangraba al país por una causa de antemano perdida y sin otro resultado que el enriquecimiento, también "provisional", de algunas docenas de politicastros matricidas. Wilson no podía reconocer el gobierno de Huerta por tres razones fundamentales, por tres puntos de vista que convergían a la misma conclusión: el punto de vista político-electoral, el punto de vista pan-americano y el punto de vista sentimental.

Punto de vista político-electoral.—La gran mayoría de los habitantes del Sud y Sudoeste, principalmente, era rooseveltista. En ninguna otra zona tuvo más votos Roosevelt ni menos votos Wilson. Al mismo tiempo, era... maderista. La masa de aquella gran zona es latina y por las venas de muchos de sus habitantes corre sangre mexicana. Nadie puede negar el desdén de aquellos antiguos mexicanos, hoy civilizados, limpios, gozando de los beneficios de la democracia, por su hermano de ayer semi-salvaje, sucio y oprimido. Este sentimiento es natural, humano, hay que mirar a la verdad cara a cara. Nos llaman "grasosos" porque en realidad, salvo los habitantes de las costas, somos sucios. (Nuestros "elegantes," que admiten el polvo en su epidermis y en sus vestidos, miran con horror santo el polvo de sus zapatos charolados y se lo limpian con el pañuelo...) (1)

(1) Nuestro delicadísimo amor propio en ciertas materias no puede cegarnos hasta el extremo de negar que, en lo que concierne al arreglo de sus personas, a la manera de presentarse en público, nuestros "rotos" de la Capital y de otras Ciudades del Centro, son grotescamente estafalarios. El contravertido que señala es bastante pintoresco. Si aquellos de nuestros rotos "no

Nos llaman "esclavos," porque en realidad somos esclavos. El que no experimente ese sentimiento, que tire la primera piedra. Usted tiene un tío pobre, sucio, mal educado. De improviso, introducen una visita. ¿A que oculta usted al tío? Otro caso, señor criollo. Está usted en París, en sociedad, y le presentan un peladito piojoso con estas palabras: "Le presento a su compatriota..." ¿Cuánto vamos a que se enfada usted y toma aquello por un insulto? Pero en el fondo de todo desdén hay piedad, y cuando a aquel hermano se le asesina, brota la indignación, y cuando aquel hermano se rebela, la admiración se impone. El amor propio sugiere: es digno de tí: hoy es sucio, pero lucha para ser limpio; hoy es esclavo, pero se bate para ser libre. Y el amor propio echa las campanas a vuelo. Y el amor propio coge la gran trompeta para lanzar a los cuatro vientos la gran noticia. El tejano dice al anglo-sajón: Son heroicos, estos mexicanos. Vea usted cómo se baten. Vea usted cómo mueren. Y la película de cinematógrafo hace fortuna como los vendedores de botones y retratos con la efigie de Madero, de Carranza, de Villa. Hasta en Nueva Orleans, los retratos de los héroes mexicanos reinan en los escaparates y sus proezas fascinan la imaginación popular. Es tal la sugestión de la opinión extranjera, tan extraño nuestro amor propio, que he conocido muchos huertistas que van a España y vuelven huertistas,

viajados" del Jockey Club cuidan más de sus zapatos que del resto de su persona, no es raro encontrar también en tranvía, particularmente los domingos, a rotos de distintos oficios, inclusive el simple obrero, con la cara afeitada, pero el pelo sobrado y empomado, limpio el cuello, pero sucias la pechera y el calcetín. Algo llevan, en cambio, muy uniforme: los zapatos cuyo fulgor, delirio de la novia contentadiza, miran con entera ecedora complacencia. En cuanto el maldito polvillo de Santiago Tlaltelolco viene y los opaca...zás, el pañuelo, el mismo que, minutos después, higieniza sus narices. Tan extraña manía pone de manifiesto la cortedad espiritual de esta gente que dirigió su curso entusiasmado al escurridizo generalillo que un agotado jerarca nos dejó, en recuerdo de charolada "paz" y testimonio de su bien embetunada "justicia." Para aplacar a estos ciudadanos que unidos a exigentes germanos clamaban contra la "impunidad" de los crímenes de Covadonga, Huerta fusiló a seis desgraciados no obstante su evidente inocencia. Charol, polvillo y... pañuelo.